

Irlanda del Norte: ¿Paz al fin?

Con sacrificios enormes, sobresaltos, tensiones y una estremecida esperanza, los bandos en conflicto en Irlanda del Norte van aproximando sus posiciones hacia la paz. Lo que en su momento tuvo motivaciones económicas y territoriales se ha ido enmarañando hasta estallar en miles de atentados y muerte. En estas páginas se recorren de nuevo las fases del conflicto y se bosqueja lo que se espera que constituya el acuerdo pacífico del futuro.

Rogelio Alonso*

El Acuerdo de Paz de 1998: un logro histórico

EL imponente muro que resquebraja el Oeste de Belfast separando a católicos y protestantes es el símbolo físico que

* Licenciado en Ciencias de la Información. Master en Irish Studies en la Queen's University de Belfast.

todavía dista entre una y otra comunidad a pesar de los acontecimientos de este histórico año. El pasado mes de abril las principales fuerzas norirlandesas y los representantes políticos de los principales grupos terroristas junto con los gobiernos británico e irlandés firmaron un Acuerdo de Paz en el que se diseñaban estructuras de gobierno para el futuro. En la sangrienta biografía de esta región se habían intentado diversas soluciones políticas que pusieran fin al antagonismo de dos ideologías nacionalistas: la de los unionistas pro británicos y la de los nacionalistas pro irlandeses. En ninguna de estas intentonas previas habían tomado parte tantos protagonistas.

En la época reciente el precedente más inmediato se encuentra en 1973 con la firma del llamado Acuerdo de Sunningdale. En aquel entonces se intentó poner en funcionamiento un ejecutivo y una asamblea basados en el sistema de poder compartido entre unionistas y nacionalistas. Al igual que ahora se diseñó también una institución denominada Consejo de Irlanda. Sus integrantes estarían designados por la Asamblea y por el parlamento de Dublín, y contaría con competencias ejecutivas en áreas de interés mutuo entre el Norte y el Sur de la isla.

El experimento fracasó. Dos fueron sus principales causas. Por un lado, la continua violencia del IRA. Por otro, la oposición de la población unionista que en su mayoría contemplaba como exagerada la injerencia de Dublín en los asuntos internos del Ulster a través del citado Consejo. En la destrucción del proyecto jugaron un papel fundamental los paramilitares protestantes. En 1998, los representantes de éstos se encontraban al otro lado de la barrera firmando un acuerdo con sus sempiternos enemigos.

Como ocurrió en 1974 los gobiernos británico e irlandés han reconocido ahora que la unificación de la isla sólo puede producirse si la mayoría de la población de Irlanda del Norte así lo aprueba. Es lo que se conoce como el «principio del consentimiento», que tradicionalmente los republicanos representados por el Sinn Fein, la rama política del IRA, han calificado como el «veto unionista». En su opinión Irlanda del Norte es una entidad política artificial sin legalidad ninguna creada por los británicos, por lo que cualquier cambio en su status debe ser aprobado por el conjunto de la población de la isla de Irlanda. Así aunque el documento reconoce el derecho a la autodeterminación de los ciudadanos de Irlanda, el ejercicio del mismo ha quedado condicionado a la autodeterminación de los unionistas de Irlanda del Norte, como ha ratificado la celebración de dos referenda simultáneos en ambas partes de la isla.

El Sinn Fein no participó en Sunningdale. Sin embargo, veinticinco años después, los republicanos liderados por Gerry Adams han firmado un acuer-

do que cuenta con dicho principio como pilar básico. El análisis de dicho Acuerdo demuestra efectivamente que, como ha admitido Jim Gibney, destacado miembro de la ejecutiva de Sinn Fein, «desde una rígida perspectiva republicana el Acuerdo de Stormont debería hacerse pedazos» (1). Mitchel McLaughlin, jefe nacional del partido, también reconoce que el documento legitima la presencia del estado británico en Irlanda (2), puesto que en él se enfatiza que sólo podrá alcanzarse una Irlanda unida si la mayoría de la población en Irlanda del Norte así lo aprueba.

A diferencia de 1974 en el nuevo acuerdo la República de Irlanda se compromete a abandonar la reivindicación territorial sobre Irlanda del Norte en los Artículos 2 y 3 de su Constitución. Todo ello fue masivamente respaldado en un congreso extraordinario de Sinn Fein celebrado en mayo de 1998 y en el que además el partido tomó la histórica decisión de modificar su constitución con el fin de permitir a sus miembros aceptar sus escaños en la Asamblea para Irlanda del Norte. La renuncia a su cuasi doctrinal política de abstencionismo suponía la aceptación de las instituciones norirlandesas, y por tanto también de una política calificada como «particionista» que habría constituido un auténtico anatema para los republicanos desde la división de la isla en 1921.

El carácter histórico del Acuerdo se acentúa por el hecho de que por primera vez dos comunidades tan antagónicas como la unionista y la nacionalista han estampado su firma en un proyecto común. Un ejemplo ilustra perfectamente este punto. Durante las negociaciones John White, dirigente del UDP (*Ulster Democratic Party*), que representa al grupo terrorista UFF (*Ulster Freedom Fighters*) trabajó estrechamente con los nacionalistas moderados del SDLP (*Social Democratic and Labour Party*). En la década de los setenta White asesinó a cuchillazos a un destacado político del SDLP y a la acompañante de éste.

Un conflicto de aspiraciones irreconciliables

PERO el Acuerdo presenta todavía numerosas dificultades. Si doloroso fue alumbrarlo ponerlo en funcionamiento no está siendo nada sencillo. David Trimble, líder del UUP (*Ulster*

(1) «Is Sinn Fein a victim of its own design»?, por Anthony McIntyre en *Parliamentary Brief*, mayo/junio de 1998, Volumen 5, número 6, pp. 13-14.

(2) Entrevista a Mitchel McLaughlin, en *Ibid.*, pp. 18-20.

Unionist Party) la formación más votada en Irlanda del Norte, y primer ministro de la nueva Asamblea, lidera un partido profundamente dividido entre partidarios y enemigos del Acuerdo. La presión política ha obligado a Timble a presentarlo como un fortalecimiento de la unión de Irlanda del Norte con el resto del Reino Unido y como una derrota de los nacionalistas. Por el contrario, y a pesar de las serias implicaciones del mismo para los republicanos a las que ya hemos aludido, Adams lo ha presentado ante su electorado como un «significativo avance» y como una «etapa de transición hacia la reunificación» del Norte y del Sur de Irlanda (3). En consecuencia Sinn Fein intenta promover la imagen del Consejo Ministerial Norte-Sur como el embrión de una Irlanda unida.

La naturaleza del conflicto norirlandés obligaba a tan ambivalente interpretación. El motivo es que el Acuerdo constituye un elemento esencial de un proceso de paz que pretende solucionar un antagonismo de intereses mutuamente excluyentes. En otras palabras, si los nacionalistas lograban sus aspiraciones, los unionistas no podrían alcanzar las suyas, y viceversa. Ese contexto imponía una solución basada en la transformación del conflicto redefiniendo gradualmente su carácter. Ello implica la necesidad de afianzar la idea de un proceso como algo en constante evolución creando una dinámica en la que no existe un final predeterminado. De esa manera es posible mantener todas las opciones abiertas a pesar de su carácter antagónico evitando constantemente a las partes el paso de un metafórico Rubicón mediante la presentación del proceso como un fenómeno consistente en sucesivas etapas transitorias hasta la consecución última de los objetivos.

En realidad, y como demuestra la comparación con la iniciativa de Sunningdale en 1973, el documento acordado ahora supone la materialización de unos parámetros que ya habían sido delimitados hace tiempo: un sistema de gobierno autónomo basado en devolución de competencias desde Westminster en el que se institucionaliza la dimensión irlandesa a través de la cual los nacionalistas desean ver reconocidas sus aspiraciones. El Acuerdo de 1998 sólo ha podido alcanzarse después de un largo proceso de negociación cuyo origen data de 1992. En aquel entonces todos los partidos constitucionales iniciaron un proceso basado en las mismas estructuras que el que desembocó en el firmado el pasado mes de abril. Dos eran las diferencias fundamentales entre uno y otro: la participación de los partidos políticos vinculados a los grupos terroristas y la voluntad política de alcanzar un acuerdo.

La primera de estas cuestiones se solucionó cuando en agosto de 1994 el

(3) *An Phoblacht/Republican News*, 23 de abril de 1998 y 30 de abril de 1998.

IRA anunció su primer alto el fuego, que fue seguido del cese de la violencia por parte de las organizaciones terroristas protestantes. La segunda sólo ha sido superada a través de la progresiva construcción de confianza entre las partes, una ardua, pero fundamental tarea que sólo es posible lograr mediante concesiones a lo largo del tiempo. A su vez estas concesiones sólo pueden producirse en un clima sin violencia. El desarme exigido por los unionistas era una de esas medidas de confianza tan imprescindibles para distindir el odio profundamente arraigado entre los enemigos. Los líderes políticos han debido transigir a lo largo del proceso, lo que ha hecho necesario un recíproco ejercicio de cesiones que pudiera ser presentado a sus respectivos electorados con las correspondientes recompensas. Las dificultades para mantener tan delicado equilibrio sólo se han atenuado con el paso del tiempo a medida que se ha generado una mayor confianza entre los actores no exenta de pragmatismo. No obstante los riesgos todavía permanecen y continuarán emergiendo en el futuro.

Una de las razones es que entre los objetivos principales del proceso de paz se encuentra el de la normalización de la vida democrática y la construcción de un marco en el que ésta pueda desarrollarse de manera regular. Semejante tarea se ha visto imposibilitada por una intensa violencia generada por múltiples agentes, entre ellos el estado británico, que en tres décadas ha ocasionado 3.600 muertos. Sólo entre los meses de septiembre de 1994 y 1998 las principales organizaciones terroristas han sido responsables de 111 asesinatos (4). Estas estadísticas ponen de relieve las limitaciones de un proceso que además debe superar otro tipo de violencia sectaria profundamente enquistada en la sociedad norirlandesa. A pesar del proceso de paz durante 1998 un total de 184 familias debieron abandonar sus hogares a causa de la intimidación sufrida. La extendida segregación geográfica de las dos comunidades es una muestra más de esa separación que trasciende el simbolismo físico del muro que recorre el Oeste de Belfast dividiendo a católicos y protestantes. Las hondas raíces de esta expresión de violencia son una muestra adicional del afianzamiento de una situación que el historiador A.T.Q. Stewart ha definido como «*polemocracy*». Es ésta una coyuntura en la que la violencia se ha perpetuado durante décadas convirtiéndose en el *status quo* dominante y caracterizada por la ausencia de duraderos y prolongados períodos de paz (5).

(4) Información facilitada por Marie Therese Fay, *The Cost of the Troubles Study*, INCORE, Belfast, octubre 1998.

(5) «In a State of Polemocracy», por A.T.Q. Stewart en *The Irish Times*, 24 de enero de 1998.

El complejo legado histórico de un conflicto territorial

EL actual conflicto es la consecuencia de un pesado legado con siglos de historia como cada año ponen de relieve las conflictivas marchas de la protestante Orden de Orange. Es ésta una organización fundada en 1795 tras violentos enfrentamientos sectarios a causa de la situación agraria en el condado de Armagh en la provincia del Ulster. Su nombre está inspirado en la victoria del rey protestante Guillermo de Orange sobre el monarca católico Jacobo II en la Batalla del Boyne en 1690. En Irlanda sus adeptos rondan los 100.000 según algunos observadores, aunque Jarman y Bryan aseguran que esa cifra se ha reducido en los últimos años hasta quedarse en 40.000 (6). Los objetivos que la Orden persigue son el mantenimiento de la conexión británica, así como la práctica y enseñanza de la fe cristiana, reformada y protestante. Aunque estos principios fueron originariamente redactados en 1795 se mantienen todavía hoy formando parte de una constitución a la que sólo tienen acceso los miembros de la institución (7). La pertenencia a la Orden, organizada bajo ritos cuasi masónicos, está limitada a protestantes. Aquellos que estén casados con católicos tampoco pueden formar parte de ella. Sus miembros, a los que se les prohíbe asistir a servicios religiosos católicos, tienen como misión detener la expansión de la religión papista —«Popery» es el término utilizado en inglés— por todos los medios legales a su alcance (8).

La influencia de la Orden hoy en día es considerable, como demuestra el hecho de que la mayoría de los políticos unionistas miembros del parlamento británico pertenecen a ella. Así por ejemplo la formación política que representa mayoritariamente a la comunidad unionista, esto es, el UUP de Trimble, mantiene un estrecho vínculo institucional con la Orden de forma que según los estatutos del partido, ésta disfruta de un determinado número de puestos en su ejecutiva. De los diez diputados que el UUP obtuvo en las elecciones generales de 1997, nueve son miembros de la Orden. Durante los 50 años entre 1922 y 1972 en los que Irlanda del Norte estuvo regida

(6) Jarman, Neil y Bryan, Dominique (1996), *Parade and Protest. A Discussion of Parading Disputes in Northern Ireland*. Coleraine: Centre for the Study of Conflict, University of Ulster, p. 6.

(7) *Constitution: Laws and Ordinances of the Loyal Orange Institution of Ireland, Approved by Grand Lodge, 14 th June, 1967*. Belfast.

(8) «The Qualifications of an Orangeman», en *A celebration: 1690-1990. The Orange Institution*, compilado y editado por Billy Kennedy. The Grand Lodge of Ireland Publications.

por el parlamento autónomo de Stormont tan sólo dos de los ministros de dicho gobierno no formaban parte de la Orden. En esta época tuvo una inmensa influencia que abarcaba cuestiones como la asignación de viviendas y empleo. Durante todas estas décadas la Orden ha servido de enlace entre el sistema político y el protestantismo en Irlanda del Norte, ejerciendo una poderosa influencia sobre las distintas denominaciones protestantes y manteniendo la unidad de las mismas (9). No debe olvidarse que bajo la égida de la Orden desfilan miembros de todas las agrupaciones unionistas.

Cada año entre abril y septiembre más de 3.000 desfiles protestantes recorren las calles de Irlanda del Norte. Durante el mes de julio se produce el momento álgido de lo que es conocido como la «temporada de las marchas». La mayor parte de ellas transcurren de manera pacífica si bien algunas son enormemente conflictivas al recorrer barrios habitados en su mayoría por católicos. El norirlandés es claramente un conflicto de percepciones en el que a veces la realidad no es tan importante como la forma en la que ésta se percibe. Por ello los símbolos, y entre ellos las marchas, desempeñan un papel tan fundamental. Para los nacionalistas constituyen un símbolo de la denominación que durante décadas ejercieron los unionistas y que queda resumida en el célebre slogan de «Católicos, arrodillaos». Para los unionistas los desfiles a través de zonas católicas son una forma de reafirmar una identidad que creen amenazada ante los progresos políticos de los nacionalistas y que temen les están empujando hacia una Irlanda unida. Por ello insisten en que sus desfiles representan una pacífica expresión de su cultura y de su tradición.

Los desfiles también son un símbolo de las constantes transformaciones que está experimentando un conflicto eminentemente territorial. Durante años los orangistas han recorrido lo que denominan como sus rutas tradicionales, pero ahora se topan con la oposición de unos nacionalistas que están erosionando su hegemonía. Al mismo tiempo contemplan cómo quienes han asesinado y bombardeado durante treinta años están siendo excarcelados como resultados de un Acuerdo de Paz que además les va a permitir compartir el gobierno de la región.

La avenida de Ormeau Road en el sur de Belfast ilustra bien el significado de esta cuestión. La parte baja de esta calle es hoy predominantemente nacionalista aunque hace veinte años era un reducto unionista. La parte alta de la calle puede definirse como mixta aunque todavía habita en ella un importante componente protestante que varias veces al año desea desfilarse

(9) «God and the I.O.L.» por Stephen Douds en *Fortnight*, octubre 1995, n.º 343, p. 14.

través de toda la avenida. Los residentes católicos de la parte baja se oponen a que los protestantes cubran una distancia inferior a los 400 metros. Hace dos décadas los desfiles eran recibidos calurosamente entre vítores y banderas británicas al viento, mientras que en los últimos años éstos sólo se han podido llevar a cabo bajo un espectacular despliegue de policía y ejército que se ha interpuesto entre católicos y protestantes. Cuando el primer católico se estableció en Ormeau Road en 1958 una gigante X fue pintada en su puerta. Ahora la calle ha cambiado de dueño.

Para los unionistas del Ulster democracia y libertad equivalen a la defensa de su comunidad frente al catolicismo irlandés y ante cualquier debilitamiento de su autonomía. Por lo tanto, la protección de la comunidad unionista se convierte en una parte crucial de su noción de democracia haciendo que la prohibición de las marchas protestantes sea percibida como una agresión. A consecuencia de esta interpretación para los organistas resulta prioritario el papel de las fuerzas armadas a la hora de erradicar un problema que ellos describen fundamentalmente como terrorista. En su opinión, la solución política del conflicto debe ir precedida de la total eliminación del IRA. Por ello les resulta especialmente doloroso el encontrarse enfrentados a una policía como la del Ulster que, con un 92 por 100 de miembros protestantes, entienden debería perseguir a sus enemigos. Perciben por tanto que los roles se han intercambiado y que los ciudadanos fieles cumplidores de la ley son tratados como terroristas. Es en ese contexto en el que justifican el desafío a la ley, o sea, la prohibición de atravesar determinados barrios católicos que la policía les ha impuesto, y realizan amenazas como las del dirigente orangista David McNarry en julio de 1998: «Si el gobierno de Su Majestad está dispuesto a tratar de esta manera a esta gente que está sufriendo porque creen firmemente en sus libertades civiles y religiosas, debo decir que si queremos, podemos paralizar este país en cuestión de horas» (10).

El norte de Belfast también sirve como una especie de microcosmos que ayuda a entender la situación en toda Irlanda del Norte. Aquí la expansión de la población católica ha sido considerable. Áreas como Cliftonville o Ney Lodge que hace medio siglo conocieron sangrientos enfrentamientos sectarios, son hoy enteramente católicas. Los protestantes de la no lejana Limestone Road temen que ahora la historia se repita y que en el futuro los católicos les superen numéricamente en su territorio. No lejos de allí se encuentra el barrio de Ardoyne, rabiosamente nacionalista pero rodeado de zonas unionistas de enorme militancia como la célebre Shankill Road, una de

(10) *Irish News*, 10 de julio de 1998.

las principales arterias protestantes de Belfast. Allí durante las celebraciones republicanas de la Semana Santa de 1997 un par de miembros del IRA encauchados y blandiendo sendos «Kalashnikovs» posaron para la prensa a plena luz del día. Un concejal de Sinn Fein dio la bienvenida a «los defensores de nuestra comunidad» entre el delirio de cientos de simpatizantes.

Esta zona de la ciudad ha sido donde más muertos por metro cuadrado se han producido a lo largo del conflicto (11). Aquí ambas comunidades viven con una proximidad angustiada, lo que ha obligado a erigir decenas de «peace lines» («líneas de la paz»), eufemístico nombre con el que se conoce a los muros que se levantan en cualquier rincón conformando un puzzle de retazos protestantes y católicos. Estas barreras físicas aportan un sentimiento de seguridad a unos y otros aunque a veces, cuando se desata la violencia, no constituyan obstáculos insalvables. La época en la que se producen las marchas suele coincidir con un incremento de ataques violentos y disturbios en zonas como ésta que deteriora las relaciones entre las comunidades y aviva por tanto un enraizado conflicto.

La superación del sectarismo endémico como desafío frente al futuro

ESTA es la geografía física y psíquica que el Acuerdo debe modificar y que demuestra que Irlanda del Norte todavía ha de recorrer un largo camino hasta alcanzar la paz. Los grupos terroristas han decretado el alto el fuego, pero sus habitantes deben superar una violencia sectaria que permanece enquistada en la sociedad. Aquí todavía hay zonas en las que la religión decide cuál es la acera por la que debes caminar. Una de ellas es el puente de Albert Bridge en Belfast. A un lado del puente se encuentra el barrio de Short Strand, un enclave católico situado junto a la mayoritariamente protestante Ravenhill Road. El pasado mes de agosto un juzgado dictaminó que dos adolescentes protestantes fueron atacados en el puente porque caminaban por «la acera que les correspondía según su religión» (12). Sin provocación alguna un grupo de católicos les asaltó al ver que atravesaban el puente por su lado derecho, o sea, el que está más próximo a Ravenhill Road. Hace un año en otro barrio ardientemente protestante conocido como «The Village» aparecieron carteles con el siguiente texto:

(11) Fay, Marie Therese, Morrissey, Mike y Smyth, Marie (1997), *The Cost of the Troubles Study. Mapping Troubles-Related Deaths in Northern Ireland 1969-1994*. Derry Londoderry: INCORE.

(12) *The Irish Times*, 26 de agosto de 1998.

«Los lealistas de la “Village” ya han soportado bastante de la basura nacionalista que ha inundado la zona en los años recientes. Desafortunadamente los protestantes se han relajado sobre la cuestión de quiénes son sus vecinos. ¿Sabes quién vive en la puerta de al lado? En el marco político actual no es apropiado tener un vecino nacionalista y es incluso peor entablar amistad con uno» (13).

Aunque la violencia terrorista haya provocado 55 muertos en lo que va de año (14) las principales organizaciones han interrumpido sus actividades a causa del agotamiento producido por la acumulación de atrocidades y el convencimiento de sus responsables, no de la inmoralidad de la misma, sino de que en estos momentos no les reporta beneficios políticos. En opinión de los republicanos «el Acuerdo, aunque lejos de nuestro objetivo último de unificación e independencia, es ahora el contexto político de la lucha ya que tiene todo el potencial para acercarnos a nuestro objetivo» (15). No obstante su actitud hacia la violencia deja claro que continúa siendo una opción válida y legítima en el caso de que en el futuro las estructuras diseñadas en el documento no evolucionaran hacia la consecución de sus aspiraciones, y siempre cuando el marco existente estimara útil esa extensión de la acción política que para ellos es la lucha armada. Una carta al director publicada en el periódico republicano *An Phoblacht* sintetizaba parte de la filosofía que está detrás de dicho análisis: «En este período de la historia irlandesa la lucha armada no está de moda» (16). Como observara Adams al referirse al daño que las víctimas civiles ocasionadas por el IRA infligían a la causa republicana, la política debe guiar y controlar las acciones de la lucha armada. En un momento histórico en el que el clima de la política norirlandesa ha conseguido generar un apoyo prácticamente unánime hacia el proceso de paz tanto en las Islas Británicas como en el resto de Europa y los Estados Unidos, la utilización del instrumento militar perjudicaría la transformación de la imagen de los republicanos acrecentando una marginación que fue la que desde un principio determinó su decisión de perfeccionar ese ámbito político. Un análisis similar puede aplicarse a los terroristas protestantes.

¿Pero qué ocurrirá en el futuro si una mayoría de la población de Irlanda del Norte desea abandonar el Reino Unido para unirse a la República de Irlanda? El Acuerdo indica que entonces será posible crear una Irlanda unida. Surge entonces la inevitable pregunta: ¿Consentirán los unionistas?

(13) *The Sunday Business Post*, 29 de junio de 1997.

(14) RUC (*Royal Ulster Constabulary*) *Press Office*, Belfast, noviembre de 1998.

(15) *An Phoblacht/Republican News*, 20 de agosto de 1998.

(16) *An Phoblacht/Republican News*, 3 de septiembre de 1998.

¿Será su reacción la misma que la de la minoría republicana que durante 30 años se ha opuesto violentamente al status de Irlanda del Norte como parte del Reino Unido? Estos son los criterios nacionalistas que han definido el conflicto norirlandés y que el actual proceso ha pretendido esquivar por las razones arriba mencionadas. En esas condiciones el desafío del proceso consiste en crear un espacio que permita el desarrollo de una cultura de la tolerancia y la no violencia. Sólo así será posible iniciar una reconciliación que contribuya a eliminar lenta pero gradualmente el hasta ahora endémico sectarismo. Para ello el proceso debe tener éxito en la ambiciosa tarea de transformar gradualmente el carácter del conflicto de manera que el problema deje de definirse en los estrictos términos que han impedido su resolución después de tan larga duración, o sea, que finalmente la cuestión nacional no constituya el centro exclusivo de la vida política. El proceso de paz ha servido para que este torturado territorio encare su futuro con esperanza pero consciente de que, como decía Borges, sólo una cosa no hay. Es el olvido.

(19) Pilawski, K.: «Zrzadem i opozycja» en *Trybuna*, Warszawa 1998. 02.25/10.

(20) Juzell, L. A.: «Porazestvo i policejskie metody pravoslavijs» en *Nezavisimaja gazeta (religioznoe prilozenie NG-Religll)* Moskva, 1998.05.20.